

REFLEXIONES

1

Efecto Mariposa (pastoralsj)

Donald Trump acaba de anunciar que su país da la espalda a la lucha contra el cambio climático, desertando del Acuerdo de París. Si bien según los términos del acuerdo, esta salida no será efectiva hasta 2020, la decisión del líder mundial más conocido a escala global supone un revés y un retroceso más en políticas climáticas. Este abandono, justificado sobre razones económicas, pese a que el 71% del pueblo estadounidense apoya el Acuerdo, y falsas -ya que las energías renovables generan tres veces más empleo que las energías fósiles-, no debe ser tomado a la ligera. Mucho menos, ignorado.

Hemos traspasado la línea roja y nuestros niveles de consumo de energía son mayores que la capacidad del planeta de regenerarla. Hay argumentos desde la ciencia y la religión que defienden que el calentamiento global es causado por la actividad del ser humano, y aunque otros, con otros argumentos y datos, cuestionen que dicho calentamiento no depende del ser humano, mientras no estemos seguros lo único que podemos hacer es poner todo lo que esté en nuestra mano para paliarlo.

Francisco es claro en su invitación al cuidado de la casa común: "Se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecnoeconómico terminen arrasando no sólo con la política sino también con la libertad y la justicia".

Quizás estas palabras nos suenen exageradas desde una visión local y cercana pero no podemos

ignorar el efecto mariposa que las emisiones de países industrializados suponen en zonas puramente agrícolas. En un mundo en el que el 40% de los conflictos están ligados al acceso a recursos naturales y en el que las crisis humanitarias más graves están directamente relacionadas al calentamiento global, no podemos cerrar los ojos ante el riesgo de pobreza extrema al que esta decisión expone a millones de personas en regiones donde el cambio climático ya está haciendo estragos. No pensemos que esta decisión no nos afecta.

No pensemos que podemos ignorarla. "No hay fronteras ni barreras políticas o sociales que nos permitan aislarnos y, por eso mismo tampoco hay espacio para la globalización de la indiferencia" (Laudato Si').

Elisa Orbañanos



2

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) establecidos el año 2015 en la Agenda 2030 son el resultado de un largo proceso de deliberación y reflejan un amplio consenso internacional respecto de los grandes retos –económicos, sociales y ambientales– que enfrenta la humanidad en el siglo xxi. Para poder alcanzar los 17 ODS identificados, se han definido multitud de indicadores específicos, diversas herramientas de implementación y varios mecanismos de financiación.

Resulta evidente que científicos, economistas, ingenieros, políticos, sociólogos y hasta militares tienen sobrados motivos para interesarse por los ODS.

La contaminación, la interrupción de los patrones climáticos, la destrucción de la capa de ozono, la degradación del suelo, la erosión, la acidificación de los océanos, la pérdida de la biodiversidad, el agotamiento de los recursos renovables y no renovables o el desequilibrio de los ciclos del nitrógeno y el fósforo –por nombrar solo algunos de los principales problemas y “límites planetarios” señalados por la comunidad científica– son razones más que suficientes para movilizar a los principales actores que conforman la sociedad.

Cuestiones vitales para el futuro de nuestra civilización y en apariencia tan dispares como la disponibilidad de agua, la protección frente a las radiaciones ultravioletas, la seguridad alimentaria, la propagación de enfermedades, la productividad agrícola, la salud pública, el riesgo financiero, la estabilidad política, la seguridad nacional o los flujos migratorios están –directa o indirectamente– relacionadas y son el objeto de estudio de los múltiples análisis especializados e interdisciplinarios que han conducido a formular los ODS.

No obstante, entre los interlocutores que convoca la Agenda 2030, llama la atención que no aparezcan actores globales tan influyentes como las

grandes tradiciones religiosas. Para unos, este silencio es lógico, ya que las religiones no deberían involucrarse en un debate técnico, ajeno a cuestiones de fe. Para otros, sin embargo, la exclusión de la religión en los debates sobre el desarrollo y la sostenibilidad resulta injustificada no solo por las graves implicaciones morales de estas cuestiones, sino también porque, en un mundo donde la inmensa mayoría de la población encuentra su visión de la realidad, su fuente de sentido y su guía ética en una tradición espiritual, resulta evidente que el actor confesional no puede quedar al margen. Ahora bien, para justificar la entrada de las religiones en el foro interdisciplinario de la sostenibilidad, primero debemos preguntarnos: ¿Qué motiva su interés por dicha cuestión? ¿Qué legitima su intervención? Y, sobre todo, ¿en qué consiste su potencial contribución?

En esta reflexión proponemos diez motivos¹ que justifican la implicación confesional. Son motivos que ofrecen tanto claves de lectura de las declaraciones religiosas de los últimos años como estrategias para la transformación personal, institucional y social. Todos ellos coinciden además con dimensiones estructurales de la experiencia espiritual o, como ha afirmado Larry Rasmussen, con “tradiciones profundas” compartidas por las diversas confesiones religiosas.

Se trata de la dimensión profética, ascética, penitencial, apocalíptica, sacramental, soteriológica, mística, sapiencial, comunitaria y escatológica que atraviesa la experiencia espiritual de la humanidad.

La articulación de estos diez elementos permite esbozar los contornos de un ethos medioambiental de cuño interreligioso.

Jaime Tatay (Cuadernos CJ)

¹ Cuadernillo disponible en: <https://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/es212.pdf>

